

Antúnez: más acá de la muerte

PEDRO CELEDON B.

La muerte como límite indiscutible de una vida física, ha marcado y marca la hora del adiós, siendo uno de los pocos gestos universales que todavía hermana a la humanidad.

Para prorrogarla, la sociedad investiga e inventa mil artificios, invierte millones de horas, atenciones y dólares, lamentablemente burlados por la insensatez de los pueblos que en pocos segundos aniquilan a sus iguales, como acontece en estas horas en la ex Yugoslavia.

En una mirada a la historia universal, es posible constatar que la relación de las sociedades con la muerte ha variado poco en lo esencial, aunque en el ritual y las formas el proceder sea distinto.

En la época tribal la muerte era considerada un accidente, provocada por un maleficio que deja heridas visibles o invisibles. Esto significa que no se entendía a la muerte como el fin natural de la vida, sino que se disociaba profundamente entre los dos estados del ser y el no ser, producto del pensamiento mágico que opera por relaciones directas de continuidad, entendiendo todo como vivido en cadena de acciones y reacciones, similar en su estructura a la ciencia racional.

Estas culturas tendrán a su centro más destacado en la civilización egipcia, donde la muerte se transforma en una vida más allá de la vida, a la cual todos deseaban llegar.

Las religiones que se practican en la actualidad difieren en muchísimos aspectos a la egipcia, pero son idénticas en la proyección de la vida en tanto promulgan la trascendencia.

Este deseo o afán ha marcado en gran parte el discurso de muchos sectores en sociedades diversas, siendo difícilmente cuantificables los testimonios de políticos, filósofos, guerreros, científicos y representantes del pueblo en general, que invocan a la trascendencia, vía continuidad en el tiempo y la historia, para demostrar que sus proyectos o pensamientos tienen profundidad de mira y mucho peso.

Pero la memoria de los pueblos es caprichosa y selectiva, y muchas veces retiene a pesar de los gobiernos de turno, situaciones y personajes que, estando en el reino de la muerte, son invitados continuamente a casa.

La cultura cotidiana de cualquier chileno medio vive enriquecida día a día por la presencia de sus muertos, desde las ardientes animas que a la orilla de los caminos señalan el umbral en el cual cayó un cuerpo y se elevó un alma, hasta en los interiores de las habitaciones, donde persiste la mirada por usurpar el recuerdo directo de sus fisonomías, realizando la metamorfosis de espejos e identidad, ya que es con la imagen impresa en el papel con la que los ojos de sus familiares dialogan.

Estos muertos ya no poseen

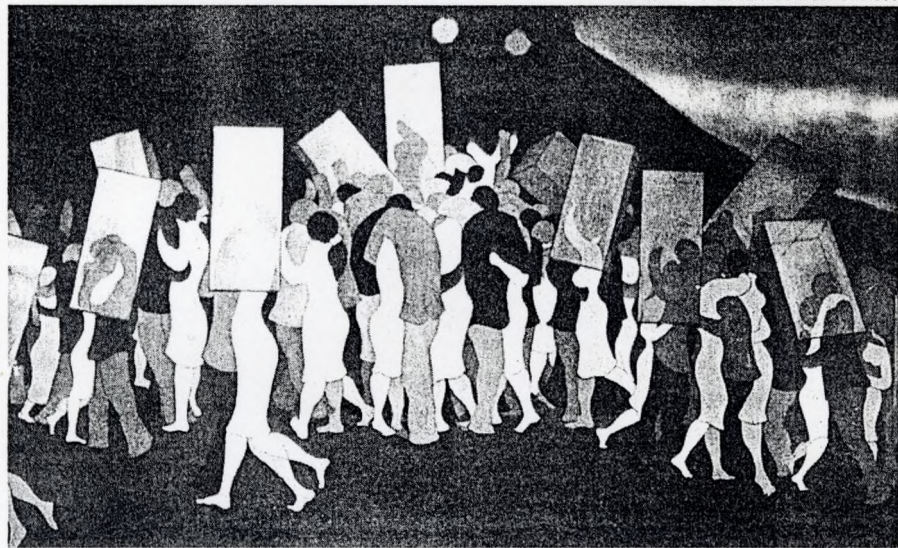
un espacio determinado como los lares romanos, pero están allí trascendiendo a la muerte, y no son pocos los que descienden a jugar en la imaginación libre de un niño, esquema que se repite a nivel de sociedad con los héroes locales y personajes que continúan creciendo, aunque su vida fisi-

sociedad contemporánea produciendo mentes calificadas para actuar eficientemente en campos específicos, pero sin siquiera interesarse por las parcelas aledañas.

Nemesio Antúnez no sólo legó a la humanidad centenares de óleos y grabados a través de los

yecto de título. Así, con mi título en el bolsillo, cumplí conmigo mismo y con mi familia (...) Corría 1941, en el medio santiaguino era difícil que se comprendiera que un joven arquitecto socialmente relacionado, echara por la borda una carrera, especialmente porque en aquella

NEMESIO ANTÚNEZ. OBRA DE LA SERIE TANGOS



ca ya llegó al final.

Difícilmente se podrá disociar de la imagen global de la sociedad chilena, la figura de Neruda, por ejemplo, acompañada por la música de Carlos Gardel o de Violeta Parra, vividas al interior de un espacio en que se exhiben los cuadros de Reynaldo Villaseñor, de Juan Francisco González, o de tantos otros artistas que, a través de sus obras, ponen en jaque a la muerte.

Esta situación parece haberla sentido profundamente Ingmar Bergman —de la misma cepa que los artistas mencionados— cuando en su juventud realizó *El séptimo sello*, narrando la historia inolvidable de aquel caballero

cuales trasciende a su propia vida, sino que dejó como herencia una actitud, a la cual se refiere Claudio di Girólamo al expresar que "se basaba en tomar el riesgo, en entregarse a la creación sin sacar cuentas a priori. Esto le permitió ser escenógrafo sin haber hecho antes una escenografía, actuar en cine y como protagonista, sin tomar cursos de actuación".

Si a esto se agrega que asumió el papel de comunicador social en su programa *Ojo con el arte* y el de funcionario estatal como director, en dos oportunidades, del Museo Nacional de Bellas Artes, se configura el perfil de un delicioso "maestro chasquilla",

época Santiago se extendía hacia el barrio alto", escribió Antúnez en su *Carta aérea*, dedicada a su hijo Pablo, texto de gran fuerza poética y riquísimo contenido autobiográfico.

Las condiciones que describió Nemesio a 53 años de distancia, no han cambiado mucho. Una buena parte de las casas construidas en esa época actualmente son demolidas para dar cabida a las nuevas construcciones en altura que el barrio alto de Santiago reclama, y los Nemesios no rebeldes que las construyeron, son tragados vorazmente por el olvido.

Sin embargo, esta oveja colorida del conjunto, alza cada día su voz más alto, y si en vida tuvo tres hijos (Pablo, Manuela y Guillermina), en sólo un año de muerte ya ha hecho nacer cuatro salas de arte: la de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, la del Museo Nacional de Bellas Artes, la de la casa de Neruda (en Valparaíso), y la del Metro.

En todas ellas se suceden obras cubriendo los muros con comunicaciones estéticas y, en pocos años, habrán recibido más de las que Nemesio produjo en vida. Sin duda existen momentos en que la vida constata que es la muerte la que tiene límites. Antúnez viene aquí a recordarlo.

Pedro Celedón Bañados es historiador del Arte y profesor de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

**Mañana
Análisis Contenidos
Fernando Paulsen S.**

Nemesio Antúnez no sólo legó a la humanidad centenares de óleos y grabados a través de los cuales trasciende a su propia vida, sino que dejó como herencia una actitud, a la cual se refiere Claudio di Girólamo al expresar que "se basaba en tomar el riesgo, en entregarse a la creación sin sacar cuentas a priori. Esto le permitió ser escenógrafo sin haber hecho antes una escenografía, actuar en cine y como protagonista, sin tomar cursos de actuación".

que juega ajedrez con la muerte, logrando distraerla para salvar a una familia de artistas errantes.

En la actualidad, entre los jugadores de ajedrez con la muerte, se sitúa Nemesio Antúnez, aunque su partida se da al otro lado de la vida. La concentración a la que la obliga la hace olvidar sus recetas de rígidas especializaciones que transmite en secreto a la vida, y tienen a la

ennobleciendo a esta profesión.

Antúnez incluso fue pintor sin haber estudiado en academia alguna, ya que se recibió de arquitecto en la Universidad Católica, obteniendo además el título de magister en Arquitectura, en la Universidad de Columbia en Nueva York. "Me gusta terminar y redondear los trabajos que me impongo, tenía que graduarme, tenía que hacer el pro-

VIÑETA

Sólo para periodistas

(Mano-lenta)

Trabaje en lo que trabaje, Mano-lenta —que no es Eric Clapton, por supuesto— demuestra a diario que entendió mal la instrucción acerca de la importancia de la cantidad de palabras escritas por minuto. Para él lo trascendente es dejar fluir el tiempo y gastarse la mayor cantidad de minutos por palabras. Por el momento, aunque cabe la posibilidad de que sea desbancado por alguien más calmo que él, tiene el récord de haberse demorado 35 minutos en redactar cinco fonemas ("El gobernante de la nación...") y otros 40 en los siguientes seis ("señaló en el día de ayer").

Los que defienden su lentitud levantan como argumento que él es un cultor del ocio que no está dispuesto a subordinarse a Chronos: siempre destinará a una frase todo lo que sea necesario, incluso está dispuesto a ofrendarle la vida, pues sus manos no son las de un obrero que produce en serie sino que las de un artista que engendra creaciones con alma e individualidad.

Hay quienes lo comparan con los conductores prudentes (se trata de los periodistas que tienen automóvil, porque los que son peatones no podrían hacer una analogía tan perfecta y preclara) y llegan a decir que es mucho más recomendable que no escriba a exceso de velocidad porque podría chocar con el margen de la columna al terminar un párrafo, no ver el punto aparte y seguir de largo —con el consiguiente desbarrancamiento— o, simplemente, atropellar en su paso raudo otras noticias ya elaboradas.

A Mano-lenta le duele la incompreensión de los demás (sabe que lo definen como flojo, sacador de vuelta e irresoluto para encontrar lo noticioso), pero —y ello es su mayor grandeza— perdona sinceramente a quienes lo desprestigian.

A fin de cuenta, tiene sus razones. A menudo reflexiona, recostado sobre su escritorio, que los productos informativos son a los periodistas como los hijos a sus padres. Y por tanto, sabiendo lo difícil que es vivir, no se atreve a crear muchas notas. Piensa que la paternidad responsable es una cualidad que escasea entre sus colegas.

Muy distinta, y es bueno dejar constancia de ello, es su relación con las palabras en su formato oral. Es un terrible e incansable conversador que se va a instalar al lado de aquellos a los que no les tiembla la mano. Habla por largas horas y bate todas las marcas, sin que siquiera se atoren las oraciones en su garganta. Y seguiría de no ser por aquellos francos y duros personajes que le gritan: "¡¡¡Callate!!! ¡Por qué no te vas a escribir, mejor?".

VIFUBE